

***La enemistad entre el león y el hombre (ATU 159B):  
de un apólogo medieval a la tradición oral bereber<sup>1</sup>***

Óscar Abenójar  
(Universidad Politécnica de Pekín [BIT])

Nadie cuestionaría hoy por hoy que el catálogo *The Types of International Folktales* (Uther 2004) es una herramienta muy útil, prácticamente imprescindible, para el estudio de los cuentos tradicionales. Pero no es menos cierto que debería ser manejado con cautela; entre otras razones, porque, al consultar en él determinados tipos cuentísticos, se corre el riesgo de acabar deduciendo que las versiones de la narración son semejantes entre sí; cuando, en realidad, lo que el índice tipológico describe, en muchos casos, es únicamente un argumento; uno solo – que, además, no tiene por qué ser el más común ni el más representativo –, de los múltiples que puede presentar el relato en cuestión. Este espejismo se debe, entre otras cosas, a que muchos de los descriptores que contiene *The Types of International Folktales* son muy concisos y a que han sido redactados teniendo en cuenta, fundamentalmente, las versiones europeas. Las descripciones de los tipos cuentísticos son, por tanto, insuficientes para abarcar el enorme espectro de variantes y de subgrupos de algunos cuentos distribuidos por varios continentes.

Por ello, cuando el investigador emprende el análisis de esos relatos que se hallan dispersos por muchas regiones del globo y que son tan heterogéneos, muy a menudo lo que acaba encontrando son, más que respuestas y soluciones, nuevas dudas y nuevos retos. A cada paso que vaya dando, descubrirá que el cuento que investiga tiene vínculos con otras narraciones y con multitud de motivos folclóricos; de modo que el panorama que se desplegará ante sus ojos se parecerá cada vez más a una maraña de motivos, variantes, tipos y subtipos anudados de manera aleatoria.

Buen ejemplo de este embrollo de subgrupos, de nexos con otros relatos y de versiones inclasificables es el tipo cuentístico acuñado como *La enemistad entre el león y el hombre*, que va a ser el que centre nuestra atención en estas páginas. Nuestro itinerario partirá de un apólogo incluido en una compilación de relatos de las postrimerías del siglo XIII, los *Castigos de Sancho IV*, que se halla inserta en la tradición de ejemplarios medievales destinados a la instrucción moral y política de los príncipes. De este *speculum principis* daremos un salto vertiginoso de ocho siglos y de miles de kilómetros hasta la tradición sefardí de Irak, que nos procura un testimonio oral que guarda cierto paradójico aire de familia con la versión medieval de los *Castigos*. Esa variante judía nos conducirá después a otra que fue documentada por mí mismo, también en fecha reciente, en la alcazaba de Argel; y de allí, por último, nos trasladaremos unos cuantos kilómetros hasta las variantes bereberes del norte de África. En nuestro recorrido nos saldrán al paso interesantes testimonios de la Europa oriental y del África subsahariana que revelarán vínculos insospechados y que demostrarán cuán caprichosas han sido los pasos de este relato tradicional por las sendas de la historia.

Pese a la dispersión de las variantes, y pese a las discrepancias, a veces notorias, entre ellas, casi todas rematan con una invectiva contra aquellos que hablan mal de sus amigos. Ese mensaje moralizador es, precisamente, el que quería transmitir el relato inserto en el capítulo XXVI (*De commo omne deue comedir la palabra ante que la diga*) de los *Castigos de Sancho IV*:

Non quieras de tu palabra manzellar al omne que andudiere contigo. E toma enxemplo de lo que contesçió a vn omne con vn león que andaua con él e lo criara de pequenno. Acaesçió vn día por sanna que houo aquel omne contra el león diole con su espada en

<sup>1</sup> Agradezco la ayuda, los consejos y las observaciones de José Manuel Pedrosa y José Luis Garrosa.

la cabeça. *E* dandol, dixo esta palabra: Mala bestia eres *e* muy enponçonnada, *e* mal te huele el fuelgo de la boca. E el león partiose dél, *e* fuese su vía, *e* andido por los montes fasta *que* fue guarido de la espadada. E vn día acaesçió *que* se falló con *aquel* omne, *e* el león ouíerale a matar sinon *que* le dixo: Déxote agora por *que* me crieste. E el omne le respondió: Amigo, non fagamos asý. Torrnémonos a beuir de so vno, *comme* de primero fezimos. E el león le respondió: Ya *non* es tiempo de *nunca* tornar a esa vida. Para mientes a la espadada *que* me diste en la cabeça. Yo sano só délla, mas *non* só sano de la ferida *que* me diste con tu palabra, *quando* me denostaste. E ten por çierto *que* cada *que* *aquella* palabra se me miénbrase non te podría ver *nin* amar derecha mente, así *comme* en ante fazía. Por ende, vete a buena ventura *e* non ayas mas *que* adobar conmigo *nin* yo contigo. (Bizzarri, 219)

En el catálogo *The Types of International Folktales* elaborado por Hans-Jörg Uther, este texto medieval aparece como el único testimonio español adscrito al tipo ATU 159B (*Enmity of Lion and Man, La enemistad entre el león y el hombre*). He aquí el resumen que ofrece tal catálogo:

159B: *La enemistad entre el león y el hombre*. Un león ayuda a un hombre en su trabajo. El hombre alaba las virtudes del león, pero le reprocha su mal aliento. El león le obliga a que le dé un hachazo en la cabeza. Al cabo de un año el león y el hombre vuelven a encontrarse. En ese momento el animal le dice que la herida ya se ha curado, pero que aún le duele. Y dicho aquello devora al hombre.<sup>2</sup>

Según el catálogo internacional de tipos cuentísticos, el relato del hombre imprudente que ofende al león se ha documentado en buena parte de la cuenca mediterránea –a excepción de Francia, Italia, Eslovenia y la costa asiática–, y a juzgar por las múltiples versiones documentadas en los Balcanes (Croacia, Serbia, Macedonia, Albania, Grecia y Bulgaria) así como en el África septentrional (Argelia, Túnez, Libia y Egipto), goza de gran favor en el sur y en el este del Mediterráneo. El índice de Uther remite también a dos discretos testimonios procedentes de Europa oriental (concretamente a uno rumano y a otro ucraniano) y a algunos reductos desperdigados por el Báltico, Asia central y el Cáucaso.

Y aunque *The Types of International Folktales* no se haga eco de otros paralelos ibéricos, lo cierto es que, aparte de este que acabamos de leer, el tipo ATU 159B ha dejado algún rastro más en la cultura hispánica. Uno de ellos es, por ejemplo, esta versión sefardí recogida de boca de una informante de Irak:

Un hombre se merkó un león čiketiko. Se merkó el león. Lo está manteniendo, manteniendo, manteniendo. Lo está engrandesiendo. Le izo grande. Le izo grande. I lo tiene por amigo. Lo tiene por amigo, al león. Ya le izo grande. Es komo amego ke lo tiene. Un día, un día, salió a kameno, un kamino lešos. D'un kazal para otro. Se le izo de noçe. Era ivierno. Tomó una ñeve fuerte. Tomó una ñeve fuerte. El león, komo es amigo, komo amigo sinčero ke es, lo tomó entre las pačás. Lo está guadrando. Lu guardó de la ñeve. Lo kaentó. Está kaentando. A la de mañana, le demandó: “¿Ké tal pasás la noçada?” “Muy bueno,” dezía. “Me tomabas akí debašo. Yo me ía murir de la ñeve. Ya estaba bueno, ma... no podía sufrir la golor de boka que tenías”. “Mamzer,” le está diziendo, “aora menester ke me lo degas ke tenía yo golor de boka,” dize. Dize: “Toma'sta piedra. Ahárvame la kavesa. Kítame sangre”. “¡Eh! ¿Yo ke te dé kon la piedra, ke te kite sangre?”. “Si no me kitas sangre de la kavesa, yo te mato, te komo...,

<sup>2</sup> La traducción es mía.

¡te komo!”. Akél fue, tomó la piedra, le dio’n la kavesa. Lo aharvó en la kavesa. Le kitó sangre. “Esta maká ke me izites, me va pasar, amá la palavra que m’eçates, akél no va pasar.” (Armistead, Haboucha y Silverman, 97-98)

No es este el único testimonio sefardí del que tenemos constancia.<sup>3</sup> La estela que ha dejado *La enemistad entre el león y el hombre* a su paso por el folclore judeoespañol es muy profunda; y muy variada también, habida cuenta de las diferencias entre unos paralelos y otros. Y tal disparidad entre las variantes se debe, probablemente, a que el marco narrativo llegó a las diversas comunidades hispanojudías por el cauce de otras poblaciones del entorno.

Las dos versiones que hemos leído hasta el momento tienen, indudablemente, cierto aire de familia. En efecto, las dos comparten dos rasgos relevantes que las diferencian del patrón que define Uther (2004) para el tipo ATU 159B. En primer lugar, porque, tanto en el apólogo medieval como en el cuento sefardí, el protagonista cría al león desde que es un cachorro y lo doma hasta que alcanza la madurez. Según la síntesis del cuento que ofrece el índice de Arne-Thompson-Uther, por el contrario, el humano y la fiera entablan amistad ya en edad adulta. En segundo término, porque en ninguna de ellas el león acaba devorando al protagonista, lo que sí sucede en muchos otros paralelos europeos y africanos, como tendremos ocasión de comprobar unas páginas más abajo.

Pero, al cotejar el testimonio sefardí y el medieval, pueden observarse asimismo algunas discrepancias de gran calado. Entre ellas, por ejemplo, que en la variante hispanojudía el león reta al hombre a que le haga sangrar de una pedrada en la cabeza; no le insta a que le dé un tajo con la espada, como se narra, en cambio, en el apólogo de los *Castigos*. Precisamente, ese golpe con la piedra (y no con un arma) y el desafío de hacer sangrar al león no aparecen en ninguna otra variante de la que se tenga constancia; a excepción de esta versión tan peculiar que yo mismo grabé a una informante de la alcazaba de Argel:

Había una vez una coneja que iba paseando por el bosque. Iba paseando y paseando cuando, de repente, se encontró con el león, que era el rey del bosque.

En aquel instante la coneja se puso a temblar, porque estaba convencida de que iba a comérsela. Pero, en lugar de comérsela, el león se acercó a ella y le dijo:

–Tú sigue tu camino. Puedes ir adonde quieras, que no voy a hacerte ningún daño.

La coneja se quedó muy sorprendida de lo bueno que el león había sido con ella. Se marchó y enseguida se fue a ver a los animales que vivían en el bosque. En cuanto los encontró, empezó a contarles lo que le había ocurrido con el león.

Y luego les dijo:

–Tengo que reconocer que el león ha sido muy amable conmigo. Pero tiene un defecto.

Entonces una de las conejas le preguntó:

–Y ¿se puede saber cuál es ese defecto?

–Pues tengo que reconocer que el león es bueno... Pero ¡le apesta el aliento!

<sup>3</sup> Como el listado bibliográfico es extenso, mencionaré únicamente dos versiones que recogió Matilda Koen-Sarano: la primera de una informante de origen búlgaro, concretamente de la ciudad de Sliven (Koen-Sarano 1995, 53), y la segunda registrada a una mujer oriunda de la ciudad turca de Esmirna (Koen-Sarano 1994, 251-253). Julio Camarena, por su parte, compendió una interesante bibliografía sobre las variantes del refrán *pasan kuchiyadas i no palavradas* que sirve de colofón a las versiones sefardíes del relato (véase Camarena 1999, 485-490, especialmente 486-487). Por su parte, José Manuel Pedrosa hace un magistral abordaje de esa asociación metafórica entre las malas lenguas y las heridas en la literatura de los Siglos de Oro (Pedrosa).

Los animales se quedaron asombrados de lo que les había dicho la coneja, porque nadie se atrevía a hablar mal del león. Y al escuchar aquello, todos los empezaron a burlarse de él.

Al cabo de un rato el león pasó por allí. Los animales lo vieron llegar y se echaron a reír. El león se quedó muy sorprendido. Estaba confuso. No entendía por qué se estaban burlando de él.

Así que fue a ver al lobo, y le preguntó:

–Dime, ¿tú no sabrás por qué los animales se ríen de mí? ¡Yo soy el león! ¡Soy el rey del bosque! Se supone que deberían respetarme y hacerme caso.

–Es que la coneja les ha dicho que se ha encontrado contigo en el bosque y que no te la has comido. Les ha ido contando a todos que has sido muy bueno con ella. Además, les ha dicho que te apesta el aliento –le respondió el lobo.

El león no dijo nada más y se marchó...

Al cabo de unos días volvió a encontrarse con la coneja en medio del bosque. Y nada más verlo a la coneja le entró mucho miedo, porque se acordó de que había hablado mal de él.

Pero aquella vez el león tampoco le hizo nada. Solo cogió una piedra, y le dijo:

–Toma. Cógela y dame una pedrada en la cabeza.

–Pero ¿qué dices? ¡No puedo hacerlo! Tú eres el rey del bosque, y, además, has sido muy bueno conmigo. ¿Cómo pretendes que te lo pague con una pedrada en la cabeza?

Y el león insistió:

–Te digo que me des una pedrada. ¡Hazlo o te como!

Así que a la coneja no le quedó más remedio que hacerlo. Le dio una pedrada en medio de la frente.

Y entonces el león se puso a sangrar y a sangrar sin parar. Luego se marchó, y la coneja se fue a contar a los animales del bosque lo que le había sucedido.

Al cabo de unos días el león fue a ver a sus dos amigos del bosque, el lobo y el chacal, para preguntarles lo que iban diciendo de él los demás animales.

Y sus amigos le respondieron:

–Todos se están riendo de ti. Piensan que la coneja es más fuerte que tú, porque te ha dado una pedrada y tú no le has hecho nada.

Aquella vez el león tampoco respondió ni una palabra. Cerró la boca y se marchó...

Pero un día, por fin, se encontró con la coneja, y le dijo:

–Mira, coneja, me has dado una pedrada. Después has ido hablando mal de mí por ahí, y, para colmo, has conseguido que me salga sangre de la cabeza. Pero voy a decirte algo:

Las heridas acaban curándose,  
pero las palabras nunca sanan.<sup>4</sup>

No cabe duda de que la distancia entre el testimonio argelino que acabamos de leer y el sefardí es más que considerable. Ahora bien, como decíamos, llama la atención que en ambas se mencione la pedrada en la cabeza –y no el hachazo o el golpe con la espada– y que, tanto en una como en otra, el león desafíe a su desleal amigo a que consiga hacerle sangrar; coincidencias

<sup>4</sup> Traduzco la versión que me contó en la ciudad de Argel, el 1/12/2014, en árabe argelino, Nadia Lafer, de cincuenta y un años y oriunda de la alcazaba de Argel. La informante empleó una variedad, considerada culta y prestigiosa, de árabe dialectal.

que resultan muy sugerentes, pues apuntan a que los antepasados –probablemente muy remotos– de las variantes judeoespañola y argelina tuvieron algún tipo de contacto genético.

### **Primer subtipo del cuento ATU 159B: versiones de Europa oriental, de Chipre y del Sahara**

Aunque las diferencias entre los paralelos internacionales de *La enemistad entre el león y el hombre* suelen ser muy llamativas, es posible agrupar buen número de versiones en unas pocas subfamilias, y, como veremos en las siguientes páginas, al menos dos de las ramas más importantes del ATU 159B confluyen en el norte de África. Una de ellas se localiza en el Sahara septentrional, concretamente en la desértica región argelina del Mzab. Los mozabíes, que así se denominan los habitantes del Mzab, constituyen el último reducto bereber que profesa el ibadismo, que es una antigua doctrina escindida del tronco musulmán en torno al siglo VII.

Los paralelos de aquel rincón sahariano resultan muy similares al patrón que describe *The Types of the Folktales*. En ellos la secuencia de acontecimientos es siempre la misma: a) encuentro entre el hombre y el león, b) ofrecimiento de la fiera, c) traición, d) hachazo, e) curación de la herida, y f) venganza del león; y, además, las desviaciones de las versiones mozabíes respecto de este esquema suelen ser mínimas.

El testimonio que presentamos a renglón seguido fue registrado, en concreto, a una informante de la medina de El-Atteuf, que se encuentra en el extremo oriental de la región del Mzab:

Había una vez un leñador que vivía solo en una cabaña en el bosque. Todos los días se levantaba muy temprano, de madrugada, y luego se iba a cortar leña. Cuando terminaba la jornada, se ponía a cargar los troncos que había cortado y a continuación se los llevaba al mercado para venderlos. Y aquello mismo hacía todos los días, desde que se levantaba por la mañana hasta que anochecía...

Una vez, mientras el hombre estaba cortando leña, pasó por allí el león y vio que al hombre todavía le quedaba mucha faena por hacer. Entonces se acercó a él y le ofreció su ayuda para cargar la leña y llevársela hasta el mercado. El leñador aceptó el ofrecimiento y le dio las gracias.

Y desde aquel día el león acudía todas las tardes para llevar la carga hasta el mercado. El hombre sacó mucho provecho del trabajo de su nuevo amigo, porque así era capaz de llevar mucha más leña que antes. Como vendía más mercancía, sacaba más ganancias. Así que, con el tiempo, llegó a ahorrar mucho dinero.

Un día en que el leñador estaba vendiendo la leña en el mercado, llegó un amigo suyo y le dijo:

–¡Buenos días! Ya veo que últimamente te está yendo mucho mejor que antes. Tengo curiosidad por saber qué es lo que has hecho para tener tanto éxito.

Y el leñador le respondió:

–Pues la verdad es que, si ahora consigo traer tanta leña, es gracias al león. Es él quien me ayuda a cortarla y a traerla hasta aquí.

Y su amigo le dijo:

–¡Ah! Pues ¡qué bien! Si es así, aprovecha todo lo que puedas, porque eso significa que Dios lo ha enviado para que te ayude.

–Sí, es verdad que el león es muy bueno. Pero ¡no te puedes imaginar lo que le apesta el aliento! –le dijo el leñador.

Y el león, que estaba por allí cerca y había escuchado toda la conversación, se puso muy triste. Pero no cambió de actitud con el hombre. Siguió ayudándolo, como si no hubiera escuchado nada.

Al cabo de un tiempo, cuando estaba cargando leña en el bosque, se acercó al leñador y le dijo:

–Mira, hoy voy a pedirte que me hagas un favor. Toma el hacha y dame un golpe con ella en la cabeza.

–Pero ¿qué dices? –le respondió el otro–. ¿Tú te has vuelto loco? ¡No puedo hacerte eso! Tú eres mi amigo y me estás ayudando sin pedir nada a cambio. Y ahora ¿cómo pretendes que te lo pague con un hachazo? ¡De ninguna manera!

Y el león le insistió:

–Te digo que me des con el hacha en la cabeza. ¡Hazlo o te como!

Así que al leñador no le quedó más remedio que darle un hachazo justo en mitad de la frente.

El león no murió, pero la sangre empezó a salirle a borbotones. En cuanto se hubo recuperado un poco, se marchó...

Y desde aquel día el leñador tuvo que volver a hacer él solo todo el trabajo. Al cabo de un tiempo el león volvió a visitar al hombre. Se acercó a él y le dijo:

–Por favor, echa un vistazo en mi cabeza y dime si la herida ya ha cicatrizado.

Entonces el leñador echó un vistazo, comprobó que ya se había curado y le dijo:

–Pues ¡ya está! ¡Ya estás curado!

–De acuerdo –le dijo el león–. Pues ahora presta mucha atención a lo que voy a decirte:

Las heridas se curan,  
pero lo dicho permanece.

Y, dicho aquello, saltó sobre él y se lo comió.<sup>5</sup>

Muy similar es la versión, también mozabí, que expondremos a continuación. De hecho, la única disimilitud digna de mención es que en ella el oficio de leñador ha sido alterado por el de campesino:

Había una vez un campesino que todos los días se levantaba muy temprano, de madrugada, para ir a trabajar la tierra. Cuando llegaba el mediodía, tenía que dejar de trabajar y volver a casa, porque a esas horas en el Sahara hace un calor insostenible.

Un día, cuando iba de camino al trabajo, se cruzó con un león, y este le dijo:

–Súbete en mi lomo, que hoy te voy a llevar yo al campo.

El campesino aceptó y montó en el lomo del león.

Al llegar al campo, se apeó y le dio las gracias por haberlo ayudado. Entonces el león le dijo:

–Dime, ¿no has notado nada raro en mí?

Y el campesino le respondió:

–Pues no. No he notado nada.

El león volvió a hacerle la misma pregunta, porque él sabía muy bien que le olía mal el aliento, y lo que pretendía era poner a prueba al campesino. Y tanto insistió que al final el hombre le dijo:

<sup>5</sup> Traduzco, de la variedad bereber denominada “mozabí”, la versión que me cedió Messaouda Khirennas. Ella misma la registró, el 16/3/2014, a Omar Khirennas, de setenta y siete años y oriundo asimismo de El-Atteuf. Khirennas grabó el cuento en la región argelina del Mzab durante el invierno de 2014-2015 en el marco de un intenso trabajo de campo que realizamos conjuntamente, entre Argel y el Mzab, y que dio como fruto la mayor y más exhaustiva compilación de cuentos mozabíes realizada hasta la fecha (Abenójar & Khirennas).

–Bueno, pues, ya que insistes, voy a decirte la verdad. Tengo que reconocer que eres muy bueno. Pero ¡te apesta el aliento!

Al escuchar aquello el león se puso triste y se marchó.

Unos días más tarde volvió a encontrarse con el campesino y otra vez se ofreció a llevarlo a costas hasta su casa. El campesino aceptó y se montó en el león. Al cabo de un rato, cuando llegaron a la casa, el hombre se bajó, y entonces el león le dijo:

–Pues ahora voy a pedirte un favor. Quiero que cojas el hacha y que me des un golpe con ella en la cabeza.

Y él respondió:

–¿Cómo? ¡No puedo hacer eso! Pero ¡si tú me has ayudado dos veces! ¿Cómo pretendes que te lo pague con un hachazo?

Y el león insistió:

–Te digo que me des un hachazo. ¡Hazlo, o te como!

Así que al campesino no le quedó más remedio que obedecer. Y le dio un hachazo tan tremendo que casi lo partió en dos pedazos.

La sangre le empezó a salirle a borbotones. Y el león, que se había quedado medio muerto, le dijo:

–De acuerdo. Y ahora ¡márchate!

Y el campesino se fue.

Al cabo de unos días el hombre volvió a cruzarse con él. Entonces el león se acercó al campesino y le dijo:

–Por favor, mira a ver si la herida ya ha cicatrizado.

El hombre se acercó, buscó la herida, y como vio que ya se le había curado, le dijo:

–Bueno, pues ¡ya está! ¡Ya estás curado!

Y entonces el león le dijo:

–De acuerdo. Pues ahora voy a decirte algo:

Las heridas se curan,  
pero lo dicho permanece.

Y, sin decir ni una palabra más, saltó sobre él y se lo comió.<sup>6</sup>

Llama la atención que estas versiones saharianas sean muy similares a otras documentadas en el sureste del continente europeo. Las analogías entre unas y otras son evidentes, y no será necesario, por tanto, presentar un tedioso inventario de los detalles coincidentes; pero no estará de más advertir que en ambas tradiciones el cuento está protagonizado por un leñador y que la secuencia de acontecimientos es exactamente la misma.

Como caso ilustrativo de los paralelos europeos de este subtipo, a continuación presentamos esta variante que Penélope Stavrianopulu documentó en Chipre:

Érase una vez un hombre mayor con muchos niños. Todos los días cogía su burro e iba al bosque para cortar leña. Trabajaba todo lo que podía. Un día aparece ante él un león y le dice:

–Siéntate a descansar, anciano, y yo cortaré la leña para ti. Después la cargarás en tu burro, irás a venderla y así podrás comprar algo para que puedan comer tus hijos. Y así fue.

<sup>6</sup> Traduzco, del bereber mozabí, la versión que me proporcionó Messaouda Khirennas. Ella misma la anotó, el 23/6/2014, de boca de Hanna Semaoui, de sesenta y cinco años y oriunda de El-Atteuf.

El anciano se sentó para descansar, el león le cortó la leña, cargó el burro y el anciano se fue al pueblo a venderla. Unos días después el anciano volvió al bosque y el león le dijo:

–Trae todos los días tu burro y yo lo cargaré de leña.

Así pasó. Un día hacía un calor tremendo y el león se cansó cortando leña y dijo al hombre:

–Anciano, siéntate a la sombra de aquel olivo donde hay frescor y vendré yo también a descansar poniendo mi cabeza sobre tus rodillas.

Efectivamente, el león puso su cabeza sobre las rodillas del anciano y le preguntó:

–Soy guapo, ¿verdad?

–Sí, lo eres, hijo mío.

–¿Soy valiente?

–¡Lo eres, león mío, lo eres!

–¿Soy joven?

–Claro que sí.

–¿Ves qué joven gallardo soy? ¡Lo tengo todo!

–Sí, efectivamente, lo tienes todo. ¡Sólo que tu aliento huele mal!

El león se levantó bruscamente, cargó la leña al burro y dijo al viejo:

–Ven ahora, coge tu hacha y dame un golpe en la nuca.

–Nunca te haré tal cosa, hijo mío, a ti que me has hecho tanto bien.

–Pero yo así lo quiero –dijo el león.

Y el viejo se vio obligado a darle un golpe, pero se lo dio en los dedos para hacerle el menor daño posible. Todos los días el anciano seguía yendo al bosque y el león, aunque herido, seguía cortándole leña.

Pasó cierto tiempo y el león un día le dice al viejo:

–Mira a ver qué te parece mi herida.

–Gracias a Dios, ya se curó completamente –le contestó el viejo.

–Mi herida se curó, pero tus palabras de que huele mi aliento se quedaron dentro de mi corazón, y esta herida se queda. Vete y no vuelvas más, porque de lo contrario te comeré.

Por esto se dice: “La puñalada se cura, pero la mala palabra dura.”

(Stavrianopulu, 67-68)

## Segundo subtipo del cuento ATU 159B: versiones cabilias, pomacas y ruandesas

El análisis comparativo de los paralelos internacionales de *La enemistad entre el león y el hombre* nos deparará en las páginas que siguen algunas sorpresas. Hemos visto que en la otra orilla del Mediterráneo, en el levante europeo, existen testimonios muy similares a los del oasis sahariano del Mzab. Pero, paradójicamente, las variantes que narran otros pueblos bereberes emparentados con los mozabíes exhiben grandes diferencias. En concreto, según las versiones que cuentan los cabilios de las montañas del norte de Argelia, que son también berberófonos, las protagonistas son dos mujeres y no un leñador. Como caso ilustrativo, a continuación presentamos una versión registrada a una anciana oriunda de la aldea cabilia de Aït Bouyahia:

Cuentan que había dos mujeres que todas las tardes solían ir al bosque para recoger haces de leña. Un día, al terminar el trabajo, se quedaron un rato descansando y conversando.

Entonces una de ellas le dijo a su compañera:

–Ya es tarde. Está oscureciendo. Tenemos que regresar a casa, porque a estas horas empiezan a salir los monstruos del bosque, y el camino se vuelve peligroso.

Pero la otra, que estaba embarazada, le dijo que quería quedarse un rato más. Así que convenció a su compañera para que siguieran descansando antes de volver a casa.

Al cabo de unos minutos emprendieron el camino de regreso. Pero, cuando hubieron recorrido un trecho, la mujer embarazada empezó a sentirse mal. A los pocos metros, ya ni siquiera podía dar ni un solo paso más. Así que tuvieron que hacer un alto. Se sentaron a la sombra de un árbol y se quedaron allí descansando mientras esperaban a que recobrar las fuerzas.

Justo entonces pasó por allí el león, y, al ver que la mujer embarazada estaba sufriendo, decidió echarle una mano. Le llevó comida y agua de la fuente, y además les protegió de las fieras salvajes.

Cuando la embarazada se hubo recobrado un poco, volvieron a emprender el camino de regreso.

Una vez en casa su amiga le dijo:

–¡Mira que has tenido suerte! ¡Si no hubiese sido por el león, nunca habrías podido volver a casa! El león nos ha protegido de las fieras, y si hemos podido regresar a casa, ha sido gracias a él.

–¿De qué ayuda me estás hablando? ¿Se puede saber a qué me ha ayudado ese mequetrefe?

El león, que estaba cerca de la casa, escuchó toda la conversación entre las dos mujeres.

Al día siguiente, como de costumbre, las dos regresaron al bosque para recoger leña.

Y cuando menos se lo esperaba, de repente, el león salió de la espesura y le dijo a la mujer que no estaba embarazada, a la que el día anterior había agradecido su ayuda:

–¡Tú vete de aquí! ¡Puedes regresar a tu casa!

Cuando se hubo marchado, le ordenó a la otra que le diera un hachazo en el entrecejo. La mujer obedeció. Le dio un hachazo, y el león se alejó dolorido y se internó en el bosque.

Pasó el tiempo, y un día en que las dos mujeres estaban recogiendo leña en el bosque, el león se acercó a la que le había insultado y le dijo:

–Mira la herida del hachazo que me diste. ¡Fíjate bien! Es verdad que me ha dejado una cicatriz, pero ahora ya está curada del todo. Sin embargo, las palabras sucias y humillantes que me dijiste aquella vez ¡todavía me corroen las entrañas!

Y, dicho aquello, saltó sobre ella y la devoró.<sup>7</sup>

Y esta otra fue grabada a una anciana residente en la misma localidad:

Había una vez dos conuñadas que vivían juntas en la misma cabaña. Cada semana se dirigían al bosque a recoger leña. Una de ellas era muy lista y hábil, mientras que la otra era un poco boba y torpe. Al llegar a casa, las dos solían ponerse a charlar y a reír amistosamente mientras se ocupaban en las tareas del hogar.

Y resulta que por aquel lugar, no muy lejos de la cabaña, solía merodear un león. El animal se escondía para observarlas sin que ellas pudieran verlo. Siempre se quedaba por los alrededores de la casa curioseando y espiando lo que hacían y decían las mujeres. Pero nunca se acercaba a ellas.

<sup>7</sup> Traduzco la versión, en bereber, que me proporcionó Ouahiba Immoune. El cuento fue grabado por ella misma en el municipio de Ait Bouyahia (valiato de la Gran Cabilia) el 16/10/2013 de boca de Malha Hachrouf. Yo mismo publiqué otros dos paralelos más de la Cabilia (Abenójar 2010, 94-96 y 98-101).

Un día, mientras estaban recogiendo leña en el bosque, la torpe escuchó un rugido y descubrió al león. Entonces se fue corriendo para avisar a su compañera y le dijo:

–¡Date prisa, date prisa, que ya ha anochecido, y aquel cuyo aliento huele mal anda por aquí! ¡Tenemos que volver a casa!

Entonces la concuñada inteligente le preguntó:

–Bueno, ¿y quién es ese al que le huele mal el aliento?

La torpe estaba asustada, porque sabía que el león andaba cerca y podía escucharlas, así que no respondió. Pero la otra era muy perspicaz y adivinó enseguida de quién se trataba. Entonces le dijo en voz baja:

–¡Ah, te refieres al león!

Las dos mujeres recogieron la leña a toda prisa y regresaron a casa corriendo. Lo que no sabía la boba era que el león había escuchado toda la conversación.

A la semana siguiente las dos mujeres volvieron al bosque a recoger leña. De repente, cuando más enfrascadas estaban en su tarea, el león surgió de la nada, apareció entre la maleza, se acercó a ellas y les dijo:

–¿Qué tal estáis, tías?

Entonces respondió la mujer inteligente:

–¡Oh, bienvenido seas, rey del bosque!

Al león le pareció muy bien aquella acogida tan cordial y tan cortés de la mujer y se quedó muy satisfecho con la respuesta. Pero después se dirigió a la torpe y le dijo:

–¡Tú, la que me insultó la última vez, la que dijo que mi aliento olía mal, toma el hacha y dame un golpe en el entrecejo! ¡Dame justo entre los dos ojos! ¡Apunta bien, no vayas a fallar!

En un primer momento ella se quedó muy asustada y no quiso obedecer. Pero al ver que no iba a darle el golpe, el león la amenazó:

–¡Pégame, o te devoro ahora mismo!

Y a la mujer torpe no le quedó otro remedio que obedecer. Agarró el hacha con fuerza, apuntó al ceño del león y le asestó un golpe tal y como le había ordenado el león.

Después de recibir aquel tremendo hachazo en la cara, el león se retiró dolorido a la profundidad del bosque.

Pasaron los meses, y la herida del león acabó cicatrizando. Entonces regresó al lugar donde las mujeres solían recoger leña, y volvió a acercarse a ellas. Se dirigió a la torpe y le dijo:

–¿Te acuerdas del golpe que me diste la última vez?

–Sí, claro que me acuerdo –respondió ella.

El león le mostró la cicatriz:

–Pues mira, la herida se ha curado.

Ella dirigió la mirada hacia el entrecejo del león y dijo:

–¡Pues sí, es verdad! ¡Se ha curado completamente!

Entonces el león añadió:

–Es verdad que la herida se ha curado, pero tu injuria todavía me duele, me corroe las entrañas. Dime, ¿por dónde quieres que empiece a comerte?

Y la pobre mujer, resignada, le dijo:

–Empieza por mi cabeza, que no piensa.

Y el león la devoró en el acto.

(Abenójar e Immoune, 133-135)

Una vez que hemos constatado la disimilitud entre las versiones de los bereberes del Atlas telliano y los del Sahara y el parecido de estas últimas con la variante chipriota, comienzan

a asaltarnos algunas dudas importantes. Porque, si en el territorio argelino subsisten al menos dos ramas del cuento, ¿cómo serán entonces las variantes que circulan por tierras más remotas? ¿Serán acaso como las del grupo mozabí del desierto del Sahara o como las que se narran en las montañas del norte de Argelia? O ¿serán tal vez diferentes de unas y de otras?

Pues bien, para tratar de dar respuesta a estas incógnitas tendremos que desplazarnos varios miles de kilómetros hacia el corazón del continente africano, concretamente a la región de los grandes lagos del África central. De allí procede la siguiente variante de los hutu de Ruanda –que por cierto no aparece mencionada en el catálogo de Uther (2004)– y que, como veremos enseguida, encaja casi a la perfección con el paralelo cabilio que acabamos de leer:

En otro tiempo, había una mujer que vivía en un pueblo cerca del bosque. Todos los días iba al bosque a recoger leña. Un día estaba preparando un haz de leña cuando apareció un león. El miedo la embargó. Empezó a temblar. Las rodillas se le doblaron. Las manos se le quedaron inmóviles.

Su corazón latía muy fuerte. Su cara se puso gris. Se cayó al suelo, y perdió el conocimiento. El león se acercó a ella, y la trató con cariño. Le lamió las manos, y ella se levantó. El león le dijo:

–No temas nada. La paz está entre nosotros. Vete y trabaja. Yo te ayudaré.

El corazón de la mujer se calmó. Ella tomó su hacha, y continuó preparando su haz de leña. El león recogió para ella las ramas más grandes y sólidas. Cuando ella terminó, le dijo adiós y se fue.

Al día siguiente, el león volvió hacia ella. La ayudó en su tarea. La mujer le sonrió y le dio las gracias. Los días siguientes siguió encontrándose con el león, que seguía dándole su ayuda.

Algún tiempo después, las mujeres del pueblo se reunieron para charlar juntas. Hablaban de sus trabajos y de sus penas cotidianas. Una de ellas dijo:

–Lo que menos me gusta es ir al bosque a recoger leña.

Por el contrario, dijo otra:

–El bosque no está lejos, y se está tranquila.

–Pero se pueden encontrar animales feroces. De hecho, yo he huido varias veces, al oír el rugido del león.

Una más tomó la palabra y dijo:

–El león es fiero y valiente. Si no le dices nada, no ataca. Se come a los corderos. Puede también comerse a las mujeres y a los niños.

–A mí el león no me da miedo.

Pero añadió que la boca del león echa un olor horrible. En aquel momento, el león se encontraba por los alrededores. Oyó que todas hablaban de él.

Como la charla no le interesaba, se dispuso a volver al bosque. Pero entonces miró mejor y reconoció a la que él ayudaba. Enderezando la oreja, comprendió que se hablaba de él. Se acercó sin ser visto. Se puso contento al oír que las mujeres lo elogiaban. Pensó que la que él ayudaba podía decir que era bueno y servicial. Pero sólo oyó palabras malas. Se alejó a grandes pasos, dando terribles rugidos. Y se dijo:

–Debo castigar a esta mala mujer.

Al día siguiente, fue al bosque como de costumbre, para trabajar con la mujer. Al principio, no manifestó su cólera. Pero, al cabo de un momento, dijo a la mujer:

–Coge este hacha y golpea con ella entre mis dos ojos.

La mujer se quedó muy sorprendida y respondió:

–¿Por qué quieres que te golpee así? Tú sabes que te haría daño.

El león le dijo:

–Si no haces lo que te digo, te mato en seguida.

La mujer tuvo miedo y cogió el hacha. Temblando, le dio un golpe entre los ojos. El león se echó a sangrar mucho. Ella se fue corriendo. Durante algunos días, el león no volvió. Pero por fin volvió y la saludó. La mujer le dijo:

–¿Dónde estabas, tío león, y por qué me has dejado sola? ¿Estabas enfermo? ¡Habría podido curarte!

El león respondió:

–La primera vez que te vi, tenía mucha hambre. Tuve ganas de comerte. He tenido piedad de ti. Te he tratado como si fueses de mi familia. Tú me has recompensado hablando mal de mí.

–¿Qué he hecho, tío león? ¡Yo no quería ni que te pincharas con una espina!

–El otro día, con las mujeres del pueblo, has hablado mal de mí. Has dicho que la boca del león echa un olor muy malo.

–Es verdad, lo he dicho, pero, ¿por qué enfadarte? ¡No eran más que palabras!

–Mira entre mis ojos. Ves la herida, ¿no? Pues un hachazo se cura en seguida, pero la herida de una mala palabra dura siempre. Hiere el fondo del corazón y hace sufrir siempre.

El león se precipitó sobre ella, y la engulló de un solo bocado.

(Estepa y Pedrosa, 163-165)

Como la similitud entre este magnífico testimonio de Ruanda y las versiones cabilias que hemos leído unas páginas antes es evidente, no será preciso justificar la razón de que las hayamos incluido en la misma subfamilia. Pero no estará de más hacer hincapié en el hecho de que una variante recogida a miles de kilómetros del Atlas y en un ámbito cultural completamente distinto al bereber se asemeje tanto a los paralelos registrados en las montañas del septentrión argelino; y más aún si tenemos en cuenta que las versiones mozabíes del Sahara pertenecen, a todas luces, a un subtipo diferente de este (llamémoslo así, provisionalmente) cabilio-ruandés.

Pero no es esta la única sorpresa que nos depara nuestra indagación por los paralelos internacionales de *La enemistad entre el león y el hombre*. Si nos trasladamos ahora hasta un ámbito cultural muy lejano y completamente distinto, como es la Grecia continental, descubriremos que allí, como en la Cabilia argelina, también existen variantes del ATU 159B protagonizadas por dos mujeres. Y como ocurre en los paralelos argelinos del Atlas o en el relato centroafricano, en estas versiones balcánicas una de las féminas ostenta todo el protagonismo. Es ella quien injuria al animal y luego es devorada; mientras que la otra mujer queda absolutamente al margen de la trama, tanto que su aparición en el relato resulta meramente anecdótica. Estas coincidencias nos invitan a pensar que tal vez las dos ramas, la que antes hemos llamado “cabalia-ruandesa” y la helénica, pertenezcan a la misma estirpe.

Como caso ilustrativo de esta subfamilia, a continuación expondremos un testimonio que fue documentado a una informante perteneciente a la minoría pomaca, que reside en el extremo suroriental de los Balcanes y profesa el credo islámico:

Había una vez dos niñas y dos osos que vivían en un bosque. Un día uno de los osos se encontró a una de las muchachas y se puso a protegerla para que no tuviera miedo ni se sintiera sola. El oso se encargó de alimentarla y de educarla como si fuera su propia hija.

Fue pasando el tiempo, y la muchacha creció y empezó a entender y a hablar...

Pero una noche, cuando todos se fueron a dormir, la muchacha se acercó al oso y le dijo:

–Hueles mal.

Aquellas palabras le hicieron mucho daño, y no pudo olvidarlas jamás.

Al cabo de un tiempo ella se casó. Y un día el oso fue a hacerle una visita. Cuando él ya estaba a punto de marcharse, la muchacha le pidió que volviera a visitarla en cuanto hubiese pasado un mes.

Entonces el oso le respondió:

–Coge un hacha y córtame la mano con ella.

El oso insistió e insistió. Pero la muchacha se negaba una y otra vez. No quería hacerle daño:

–No podría hacerle algo tan malo a aquel que me educó como si fuera su propia hija –le respondió ella.

Pero el oso siguió insistiendo, hasta que, al final, a la muchacha no le quedó más remedio que hacer lo que le había pedido.

Al cabo de un mes el oso volvió a hacerle una visita a su hija, tal y como habían acordado.

–¿Qué ha pasado con la herida de tu mano? –le preguntó ella.

Entonces el oso echó un vistazo a su garra y le respondió:

–Mi herida se está curando rápidamente. Pero la herida que tus palabras me hicieron en el corazón jamás sanará.

Y una vez dicho aquello el oso se marchó para siempre.

(Traduzco de Kokkas, 89-90)

Cierto es que el argumento de esta versión se desvía considerablemente de la trama de las variantes de Cabilia y de Ruanda. Pero ello no eclipsa en absoluto lo fascinante de su similitud con el testimonio helénico. El parecido nos sugiere que el grupo de versiones tellianas y este otro –de relatos griegos protagonizados por dos mujeres– tuvieron algún tipo de contacto, probablemente (dado que se trata de un paralelismo tangencial) en época muy remota.

### **Panorama del cuento ATU 159B a la luz de estas nuevas versiones**

Si ahora, en la recta final de este artículo, echamos la vista atrás, corroboraremos que son más las dudas que las certidumbres alegadas. Eso sí, no todo el recorrido ha quedado cubierto por penumbras. Nuestra investigación nos ha llevado a descubrir, entre otras cosas, que existen al menos dos grandes subfamilias de *La enemistad entre el león y el hombre*; y hemos comprobado, además, que algunos vínculos entre las versiones no implican necesariamente que exista un parentesco entre ellas. Sabemos ahora que los lazos que existen –por poner un ejemplo– entre la versión sefardí y la de los *Castigos de Sancho IV* son, efectivamente, estrechos; aunque no lo son en la suficiente medida como para que puedan ser incluidos en el mismo subgrupo. Y más laxos todavía son los nexos entre la versión judeoespañola de Irak y la de la alcazaba de Argel, pero evidencian que en algún momento remoto hubo un contacto entre ellas.

Este estudio comparativo nos ha permitido demostrar, asimismo, cuán enredada es la madeja de versiones y de subtipos que prestan su trama al cuento de *La enemistad entre el león y el hombre*. Y la coyuntura tan particular que presenta este patrón narrativo nos ha servido también como recordatorio de que, en el terreno de la literatura oral, lo que parece puro azar se impone a veces a la previsión más lógica. ¿Cómo explicar si no que, en lugar de una transición tenue y progresiva entre las versiones de Europa, del Atlas telliano, del Sahara y del África subsahariana –como cabría esperar de cuatro culturas aledañas–, lo que encontremos sea dos saltos muy abruptos: uno que va desde el Sahara hasta Europa, y otro desde el Atlas hasta el África central?

Una distribución tan aleatoria, tan desconcertante, nos impide sacar ninguna conclusión acerca del lugar o la época en que fue originado el cuento. Con los escasos datos de los que

disponemos no podemos siquiera intuir en qué momentos y en qué lugares la narración se fragmentó en los dos subtipos que hemos descrito en estas páginas. Por supuesto, tampoco podemos imaginar cuántas versiones habrán recorrido centenares de kilómetros y habrán echado raíces en otras tierras, en otras lenguas y en otras culturas. Y tal vez lo mejor sería que renunciáramos a resolver tales enigmas. Quedarán velados para siempre, porque también desconocemos cuántas variantes habrán desaparecido y cuántas otras se habrán mestizado con otros subtipos.

Lo que sí nos encontramos en disposición de afirmar es que la carga moralizadora del cuento de *La enemistad entre el león y el hombre* ha contribuido a garantizar la pervivencia y el éxito de este cuento en lugares de lo más diverso y desde épocas muy remotas. Gracias a lo ingenioso de su mensaje, la historia del hombre ingrato y lenguaraz, que injurió a su amigo y que acabó pagándolo muy caro, sirvió, por ejemplo –hace siete siglos y en una corte medieval castellana–, para instruir a un príncipe en el valor de la amistad; o para aleccionar –ya en época reciente– a algún muchacho mozabí en un oasis del Sahara argelino; o incluso para que más de un joven ruandés aprendiera que no debía ir divulgando los defectos de sus amistades.

**Obras citadas**

- Abenójar, Óscar, & Messaouda Khirennas. *Las granadas de oro y otros cuentos tradicionales del oasis del Mzab (Argelia)*. Cádiz: Q-book, 2015.
- Abenójar, Óscar, & Ouhiba Immoune. *Cuentos populares de la Cabilia*. Madrid: Miraguano, 2014.
- Abenójar, Óscar, coord. *Los chacales al bosque y nosotros al camino: literatura oral y folclore de Argelia*. Alcalá de Henares-México: El jardín de la voz: biblioteca de literatura oral y cultura popular, 2010.
- Armistead, Samuel G., Reginetta Haboucha, & Joseph H. Silverman. "Words Worse than Wounds: a Judeo-Spanish Version of a Near Eastern Folktale." *Fabula: Zeitschrift für Erzählforschung* 23 (1982): 95-98.
- Bizzarri, Hugo Oscar. *Castigos del rey don Sancho IV*. Frankfurt-Madrid: Vervuert Iberoamericana, 2001.
- Camarena, Julio. "Cuento español, cuento sefardí: paseo por entre dos mundos." En Judit Targarona Borrás y Ángel Sáenz-Badillos eds. *Jewish Studies at the Turn of the Twentieth Century: Proceedings of the 6th EAJS Congress, Toledo, July 1998*. Leiden-Boston-Colonia: Brill, 1999. 485-490.
- Camarena, Julio y Chevalier, Maxime. *Catálogo tipológico del cuento folklórico español: cuentos de animales*. Madrid: Gredos, 1997.
- Estepa, Luis y Pedrosa, José Manuel. *Mitos y cuentos del exilio de Ruanda*. Oiartzun: Sendoa, 2001.
- Koen-Sarano, Matilda. *De Saragosa a Yerushaláyim: kuentos sefaradís*. Zaragoza: Ibercaja, 1995.
- . *Konsejas i konsejikas: del mundo djudeo-espanyol*. Jerusalén: Kana, 1994.
- Kokkas, Nikolaos. "Tradition vs. Change in the Orality of the Pomaks in Western Thrace: the Role of Folklore in Determining the Pomak Identity." En Klaus Steinke y Christian Voss eds. *Minority-Building among the Pomaks in the Greek-Bulgarian Region*. Múnich: Sagner, 2007. 75-114.
- Pedrosa, José Manuel. "La maledicencia venenosa frente al sabio silencio: teorías y prácticas del bien y del mal hablar en los Siglos de Oro." En José María Díez Borque coord. *Cultura oral, visual y escrita en la España de los Siglos de Oro*. Madrid: Visor, 2010. 483-506.
- Stavrianopulu, Penélope. "Los animales en la tradición popular griega." *Erytheia: revista de estudios bizantinos y neogriegos* 14 (1993): 49-78.
- Uther, Hans-Jörg. *The Types of International Folktales: a Classification and Bibliography, based on the System of Antti Aarne and Stith Thompson*. Helsinki: Academia Scientiarum Fennica, 2004.